

5º La Santa Misa, centro del culto de la Iglesia.

No nos admiremos, pues, de que la Misa, que abraza todo lo relativo a la religión, haya llegado a ser el centro del culto de la Iglesia, la clave de bóveda en que se sustenta –como en la cruz– el hombre con sus destinos gloriosos, el punto de partida de donde nos viene –como de la cruz– la gracia con todos los medios de salvación. ¿Veis esos templos que ha fundado el cristianismo? Son para ofrecer su sacrificio. Esa cruz que los corona es el signo de la inmolación que se perpetúa en ellos; los altares en ellos erigidos son para depositar la Víctima divina; todo, en las iglesias, tiene el mismo objeto y la misma razón de ser.

La reunión solemne de sus hijos es una cita alrededor del altar; y de toda la observancia del día del Señor, la Misa es el único acto de religión especial y rigurosamente preceptuado. El agua bendita, la fuente bautismal y el tribunal de la penitencia nos recuerdan que debemos lavar nuestras manos entre los justos (Sal. 25 6) para entrar y permanecer en el santuario. La cátedra sagrada instruye y exhorta al sacrificio del espíritu y del corazón; la mesa santa se dispone para participar en la Hostia de salvación; los velos del altar, las vestiduras de los ministros, las luces que resplandecen, el incienso que se exhala, el cántico que acompaña a la acción sagrada, los ritos que la expresan más vivamente a la debilidad de nuestros sentidos, todo eso habla del sacrificio, todo es para el sacrificio.

El *Bautismo* da derecho a asistir a la sagrada congregación y a sentarse a la Mesa del Señor; la *Penitencia* repara este derecho perdido o debilitado; la *Eucaristía* se consagra y se distribuye en la Misa; la *Confirmación* fortifica para esta unión misteriosa y para la inmolación moral y continua del cristiano. En medio de la solemnidad de los divinos misterios se bendice el *Oleo Santo* para el enfermo y para las diversas unciones; el sacramento del *Orden* perpetúa el sacerdocio; y el *Matrimonio* de los cristianos recibe en la Misa su ratificación y su bendición particular.

La instrucción evangélica es una parte preparatoria de la Misa: el sacerdote, antes de la oblación, anuncia la divina palabra e instruye a los fieles, que acaban profesando solemnemente el Símbolo de la fe. El *espíritu de oración* atrae el *espíritu de gracia* sobre la concurrencia (Zac. 12 10), concentrado finalmente todas sus súplicas en la grave y pública recitación de la Oración dominical. El Oficio divino de la noche sirve al sacerdote de preparación remota para el sacrificio, el de la mañana le sirve de preparación inmediata, y el de la tarde de conclusión y de acción de gracias.

Todo, en fin, se refiere a esta gran oblación, y así como reúne las maravillas y las gracias de Dios, así la Iglesia resume en este centro común todo el objeto y el fruto de sus asambleas de religión.

Excelencia del sacrificio de la Misa y sus relaciones con toda la religión

*Entresacado del libro La Santa Misa,
de autor desconocido,
INSTRUCCIONES PRELIMINARES, capítulo 1
(los títulos son nuestros)*

Nada hay más grande y más central en el culto de la Iglesia católica que la oblación del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, y que constituye el Sacrificio de la Misa.

1º Excelencia de la Misa en razón del Sacerdote y de la Víctima.

Pues no sólo ofrecemos un sacrificio al Dios eterno, vivo y verdadero, que la revelación nos ha dado a conocer y adorar perfectamente, sino que tenemos en este sacrificio a un Dios por sacerdote y a un Dios por víctima.

Todas las grandezas de la persona de Jesucristo se encuentran reunidas en él: su poder como Dios, y su estado de inmolación como hombre; representándonoslo vivo para interceder por nosotros, y al mismo tiempo bajo los símbolos de la muerte para aplicarnos el precio de sus padecimientos. Pontífice santo y sin mancha, más elevado que los cielos (Heb. 7 26), Cordero degollado desde el inicio del mundo (Apoc. 13 8), cuya sangre correrá hasta la consumación de los siglos para borrar todos los pecados, Sacerdote según el orden de Melquisedec con un sacerdocio eterno (Sal. 109 4; Heb. 5 6), Oblación pura ofrecida en todas las naciones desde la aurora hasta el ocaso (Mal. 1 11): tal era el Pontífice y la Víctima que convenían a la verdad y a la santidad de Dios.

2º Excelencia de la Misa por contener todos los misterios de la vida de Cristo.

Este sacrificio, ya tan grande por quien lo ofrece y por quien es ofrecido, renueva además todos los prodigios de la vida del Salvador, y viene a ser cada día como la historia solemne de sus misterios y de su doctrina.

La fe contempla en el altar al Hijo de Dios, engendrado en el secreto del santuario con el mismo poder que en los esplendores de la eternidad (Sal. 109 3); encarnado por su fecunda palabra en las manos del sacerdote como en el seno de María; renovando la obediencia y las virtudes de su vida oculta, su misericordia y toda la bondad de su ministerio público; aplicando a los fieles el precio de su muerte y de su sangre derramada, a la vez que la gloria y la vida nueva de su resurrección por la ofrenda de su cuerpo inmortal, y la bendición de su ascensión al elevarse del altar sublime de la tierra hasta el altar sublime del cielo; esparciendo las gracias de la efusión de su Espíritu en nuestros corazones: gracias de luz, de fortaleza y de santidad; esbozando ya las primeras palabras de la sentencia del Juicio final por la separación anticipada del fiel y del infiel; presentando un pan que da la vida eterna al justo, y que hace comer al pecador su juicio y su condenación.

En la Misa, pues, *el Señor, lleno de misericordia y de bondad, ha dejado a los que le temen, un recuerdo de todas sus maravillas* (Sal. 110 5).

3º Excelencia de la Misa como compendio de toda la moral evangélica.

En este Santo Sacrificio contemplamos, junto con el Sacerdote más santo y la Víctima más digna, y junto con la renovación de todos los misterios y la continua predicación de la doctrina de Jesucristo, el compendio más perfecto de la moral evangélica, y la lección más sublime de la santidad que conviene a un cristiano.

En la Misa estamos en presencia de un Dios infinitamente adorable, a quien se le debe el sacrificio, y, por la excelencia del don que en ella se le presenta, nos formamos del Señor la idea más exacta que se pueda concebir. El secreto de cuatro mil años de promesas, de figuras y de profecías se revela a nuestros ojos; la verdad sucede a la sombra, la plenitud de los tiempos se despliega con la abundancia de la gracia; un manantial puro que brota de la cruz y que salta hasta la vida eterna da nacimiento y resurrección, fortaleza y aliento, salud y santidad, a los cristianos de todas las edades, ya que esta fuente tiene la virtud de fluir desde la cruz hasta los primeros días del mundo para santificar a todos los elegidos del pasado, y corre de la cruz hasta la consumación de los siglos para salvar a todos los hijos de Dios.

Este sacrificio, que, como dice Tertuliano, *no es tanto un banquete de religión como una escuela de todas las virtudes*, presenta a los fieles el gran ejemplo de la inmolación continua de un Dios, para animarlos a asumir todos sus deberes y alentarlos a todos los sacrificios; y para ayudarlos a practicarlos, les hace partícipes de la Víctima, a la que se incorporan por la comunión. Hallamos, pues, en esta Mesa en la que sólo los fieles pueden comer (Heb. 13 10), la unión más íntima con Dios en la tierra, porque en ella nos alimentamos con el mismo Dios, y la unión más feliz de los hombres entre sí, puesto que todos sin distinción pueden sentarse en la misma mesa, como hijos de un mismo Padre.

¿Qué sacrificio hay más grande que aquel en que a Dios un sacerdote Dios le ofrece a todo un Dios; en que cada acto de la oblación recuerda la doctrina de un Dios, la religión de este Dios en toda su extensión y en todos los medios de santificación, y la santidad que este Dios exige de nosotros?

La Misa es, pues, en realidad aquella escala misteriosa que Jacob vio en sueños, uno de cuyos extremos tocaba en la tierra y el otro se apoyaba en el cielo, y por la que subían y bajaban los ángeles (Gen. 28 12) y sobre todo el Santo de Dios, el Angel de Dios por excelencia, el Mediador supremo, para llevar al Señor nuestros votos y sacrificios, y para traernos su gracia y su bendición.

4º La Santa Misa, anticipo del cielo.

La Misa es una imagen anticipada del cielo; en ella se adora al mismo Dios; en su santuario se estrechan sus hijos; ahí vemos lo mismo que en el cielo: las oraciones, los cánticos y los perfumes, ángeles que rodean el altar, santos que lo sostienen; vemos a toda la Iglesia, a toda la ciudad de Dios, ofrecida por Jesucristo y uniéndose a su Cabeza; en una palabra, vemos a Dios presente, ese mismo Dios al que hemos de ver cara a cara, aunque cubierto ahora con velos; a Dios convertido en manjar bajo la apariencia de un Pan que ya no es pan, ese mismo Pan que nos confortará eternamente en su gloria por la verdad contemplada cara a cara y la bienaventuranza misma de Dios.

Sí, el Santo Sacrificio de la Misa transforma nuestras iglesias en un cielo. El divino Cordero es inmolado y adorado en nuestros templos de modo semejante a como nos lo representa San Juan en medio del santuario celestial (Apoc. 5 6). Los espíritus bienaventurados, sabedores de lo que se realiza en nuestros altares, bajan a asistir a ellos con el temor que inspira el más profundo respeto; y esta verdad de la presencia de los ángeles ha sido siempre tan admitida, que San Juan Crisóstomo no duda en decir:

¿Qué fiel podrá dudar de que, a la voz del sacerdote, y en la hora misma de la inmolación, se abre el cielo, los coros de los ángeles descienden a asistir al misterio de Jesucristo, y las criaturas celestes y terrestres, visibles e invisibles, se reúnen en tan solemne momento?

En nuestros templos hacemos lo mismo que los Santos hacen continuamente en el cielo. Nosotros adoramos a la Víctima santa e inmolada por las manos del sacerdote, y todos los Santos adoran en el cielo a esta misma Víctima, el Cordero sin mancha que permanece de pie, pero como degollado (Apoc. 5 6), en señal de su inmolación y de su vida gloriosa. Allí, en el cielo, todas las oraciones y méritos de los Santos se elevan como un dulce perfume ante el trono de Dios, según lo expresa San Juan en la visión del ángel con un incensario en la mano, y del altar desde el que las oraciones de los Santos se elevan hasta Dios (Apoc. 8 3-4). También la Iglesia de la tierra ofrece en el altar incienso al Señor, como una muestra de las adoraciones y súplicas de todos los santos que están en la tierra o en la gloria.